

Mamerto Huamán: en la lógica del terror de Estado, un nombre más.

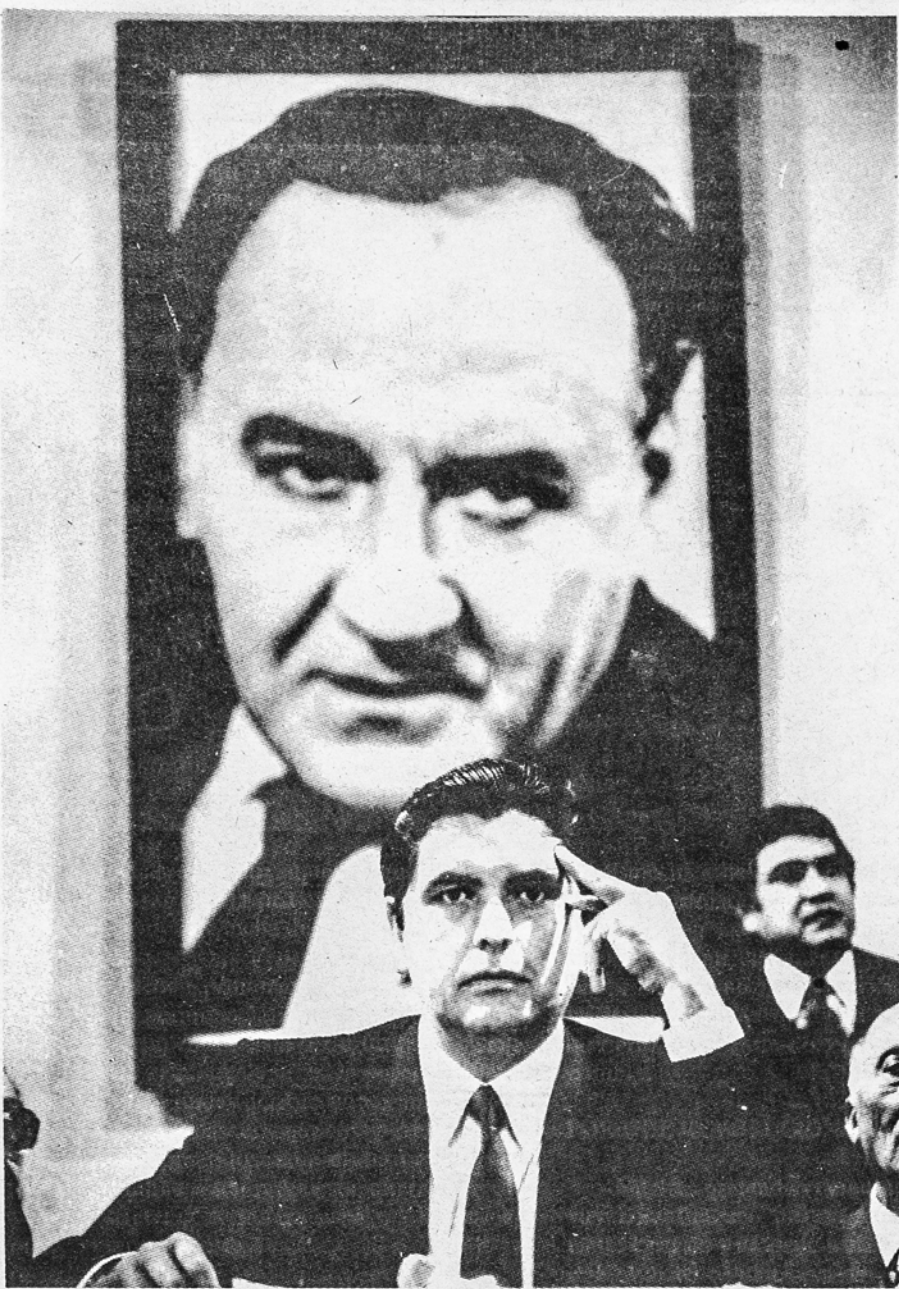
no hablar a tiempo. Desde entonces cada tanda de muertos más o menos voluminosa es anunciada mediante un comunicado oficial que da cuenta del enfrentamiento de fuerzas del orden con agrupamientos subversivos. Tenemos todo el derecho a dudar de esas versiones, desde que sabemos que la verdad, para los boletines militares, es lo que conviene a la estrategia. El problema es que esas versiones no pueden ser comprobadas por una investigación periodística, por las restricciones que tiene la prensa en la zona de emergencia. Algo peor: cuando hechos denunciados pueden ser comprobados, y son puestos en conocimiento de la autoridad competente, el poder militar apela a medios extralegales para poner a salvo a sus hombres.

FUERO MILITAR: GARANTIA DE IMPUNIDAD

Desde luego, la mejor puerta de escape es el fuero militar. La justicia privativa le ha permitido a Telmo Hurtado obtener un ascenso y gozar de un apadrinado servicio militar en los Estados Unidos. Le ha permitido al capitán de corbeta Alvaro Artaza derrotar sólidas acusaciones por la matanza de los evangelistas por Nisperojnyoc, en 1984. No existe un solo caso de violación de los derechos humanos en que el fuero militar se haya comportado con un mínimo de decencia. Y la única vez en que una ventanilla legal atrapó a un oficial en un juicio civil (Alvaro Artaza en el proceso que le fue seguido por la muerte del periodista Jaime Ayala), ocultas manos organizaron su desaparición.

Alvaro Artaza estaba en el servicio activo de la Marina cuando se hizo humo. También lo estaba el oficial de mar Ramón Martínez Heredia, apodado "Lince", coacusado como Artaza en el caso Ayala. Y lo estaba Jesús Vilca, incriminado en un juicio civil por la matanza de los evangelistas. Todos ellos han desaparecido. "Lince" fue declarado desertor. A Vilca la Marina no lo reconoce como propio.

La impunidad castrense se burla de los mecanismos legales, y de esto son conscientes tanto los militares como quienes los acusan. ¿Qué sentido tiene denunciar cuando antes que justicia lo que uno puede obtener es un tiro en la cabeza? Es significativo lo que ocurrió con la comitiva de Huancapi que vino a denunciar las atrocidades militares en esa provincia. Una de las personas denunciadas, Guadalupe Ccallocunto, resultó detenida por la DIRCOTE. Otra, la viuda del asesinado dirigente de Izquierda Unida, Mamerto Huamán, terminó ya no pidiendo castigo para los soldados asesinos, sino protección para sus hijos. El resto fue silencio.



Es evidente que existe una tradición autoritaria en el país, encarnada por los caudillos, los mesías.

VIVIR EN EL PERU

Alberto Flores Galindo

Años atrás, la revista **Hueso Húmero** publicó una original encuesta preguntando las razones por las que algunos intelectuales peruanos —Bryce, Ribeyro, Durand por ejemplo—, no vivían en el Perú. Los argumentos fueron los esperados: estrechez e incompreensión del medio, mejores perspectivas en el exterior. En todos los casos se trató de una elección.

En la encuesta no fueron considerados todos aquellos peruanos anónimos que se han visto obligados a partir: jóvenes a los que únicamente quedaban como alternativas la delincuencia o el desempleo y que previas colas en el consulado norteamericano intentaban, después de sortear a las autoridades yanquis de inmigración, establecerse en New York o en New Jersey. En esas ciudades existen barrios enteros formados por peruanos que hasta han propalado el culto a San Martín de Porres, la procesión del Señor de los Milagros, el ceviche. ¿Cuántos serán?

En la geografía de estos migrantes hay que incluir, aparte de otras ciudades norteamericanas, ciudades del Canadá, de Venezuela, de Australia. Si este fuera un país socialista, estos 400,000 peruanos (cifra aproximada porque nadie se ha preocupado en encuestarlos), tendrían el

estatus y la consideración de disidentes políticos. En realidad lo son pero de ese otro sistema, del capitalismo, que no les ofrece ningún futuro y que los condena a perder su identidad y los obliga al desarraigo. La historia de las migraciones andinas no termina en Lima.

Nunca ha sido fácil vivir en el Perú. La encuesta de **Hueso Húmero** fue publicada en 1981. La metáfora usual sería añadir que desde entonces mucha agua ha pasado por los puentes. En todo caso, esa agua ha venido cargada con más de 7000 muertos. Ya no somos ese país en el que no ocurría nada y en el que todo invitaba al tedio. Ahora suceden acontecimientos tan terribles como la mayor masacre en la historia carcelaria mundial. El país bordea el abismo, cercado por la violencia social, la insurrección, el terrorismo, la represión estatal, la militarización. Si a estos factores se añade la crisis económica, el fracaso de las alternativas liberales, la dudosa factibilidad del proyecto "alanista", todo pareciera desembocar en la imagen del callejón sin salida y conformar una invitación a cualquier pesimismo.

CONTRA EL PASADO

Pero hace apenas un año se inició un nuevo gobierno producto, antes que de una alternativa definida, de una mayoría

taria opción en contra del pasado. Fue derrotada tanto la vieja derecha oligárquica como los modernos sectores empresariales. Nunca antes ellos ocuparon una porción tan reducida del pastel electoral. Los electores querían el cambio. Por un momento regresó la esperanza. Algunos pensaron que podría tener contenido el título que anunciaba un "futuro diferente". Hasta ahora el gesto ha predominado sobre la realidad. Quien terminó encarnando la historia de este país, no ha sabido o no ha querido convertir a las proclamas y los discursos en medidas efectivas.

El Perú reclama soluciones no para el año 2000, ni siquiera para dentro de un decenio, sino para este momento. La miseria creciente y el desempleo son realidades del corto plazo, que se viven todos los días. ¿Es posible encontrar un camino de cambio que no sea autoritario y que nos evite desembocar en una dictadura militar? Un proyecto eficaz requiere de una voluntad política. Una voluntad política no es sinónimo de un mesías. Es el resultado del encuentro entre ideas, programas, planteamientos y fuerzas sociales capaces de llevarlos a cabo. Este es el desafío que siempre ha tenido por delante Izquierda Unida. Es evidente que no ha estado a la altura de las circunstancias. ¿Podrá estarlo?

LA APUESTA DE LOS DE ABAJO

Desde abajo, desde los sectores populares, desde aquellos que han preferido y han querido vivir en el Perú, el futuro no aparece necesariamente con los signos ineluctables de una tragedia. La defensa de los derechos humanos se está convirtiendo en una reivindicación popular. El reclamo de una paz con justicia convoca a pobladores que han formado organizaciones como los viejos clubes de migrantes o los nuevos de mujeres o jóvenes. En las sociedades modernas no hay democracia sin organización. Las clases populares del país son apenas en apariencia una masa informe y confusa. Para subsistir —desde tiempo atrás y ahora con la crisis—, han tenido que unirse e ingeniárselas para convivir. Como en cualquier institución, no se pueden negar que en esas agrupaciones existan intentos (muchas veces realizados) de manipular, de actuar en provecho de una familia o de un grupo, de negar en la práctica las reglas de funcionamiento democrático. Es cierto también que muchas veces estas agrupaciones son utilizadas por el Estado. Pero no todo transcurre en una sola dirección: de arriba hacia abajo.

Hace más de 160 años, Sánchez Carrión imaginó un país en el que Estado y sociedad fueran una misma cosa. La historia republicana no confirmó sus sueños: Estado y sociedad han marchado permanentemente enfrentados, como resultado de las marginaciones y exclusiones impuestas por la oligarquía. Sin embargo la sociedad nunca quedó inerte. Se ha defendido. Así se ha ido nacionalmente construyendo la identidad nacional. Por ese camino de enfrentamiento contra el poder han surgido los movimientos regionales o eso que se llamó años atrás, el clasismo. También los partidos de izquierda. Es evidente que existe una tradición autoritaria en el país (los caudillos, los mesías, el militarismo) pero también, aún con interrupciones y pocas veces de manera continua, existe otra tradición que ha cifrado en la posibilidad de la organización autónoma, su garantía de persistir en el Perú. Hay que apostar por ella.